

con Gregorio Orloff, no habría designado como sucesor al trono a Pablo, sino a Bobrinsky; y pretenden algunos que, terminadas las relaciones que existían entre Orloff y la emperatriz, esta se mostró más cariñosa para con su hijo (1); pero de las palabras de algunas cartas de la emperatriz a Panin y a otras personas, en las que se hablaba del gran duque, se desprende que las relaciones entre madre e hijo fueron amistosas hasta el matrimonio de este (2). En una carta, Catalina describe con los más bellos colores a la señora Bjelke la vida que hacía en Zarskoje-Sselo en compañía de su hijo, y habla de una porción de rasgos de este que probaban su adhesión a ella (3). En 1773 manifestó Catalina el deseo de que Pablo tuviese algunas entrevistas por semana con ella para hablar de los asuntos corrientes (4), sin que esto significara una intervención propiamente dicha del príncipe en el gobierno. Cuéntase que la emperatriz ponía especial cuidado en que nadie pudiese hacer llegar una solicitud a manos del gran duque (5). Refiérese también un episodio acaecido en 1774 que pudo haber llegado a ser una conspiración. Dícese que los Panin, la princesa Daschkaw, el príncipe Repnin y otros se propusieron elevar al gran duque al trono, y que el alma de esta intriga fué la esposa de Pablo, Natalia Alexeyewna. Por el secretario particular de Panin, Bakunin, tuvo de todo ello noticia la emperatriz, la cual pidió explicaciones a su hijo y arrojó al fuego de la chimenea sin leerla, la lista de los conjurados que de su puño y letra había escrito Pablo. Pero como acerca de este hecho no tenemos noticia más que por una poco fidedigna tradición de familia, bien podemos considerar que pertenece al género de la fábula (6). Por el contrario, nos parece mucho más digna de crédito que este cuento, que se propaló muchos años después del tiempo en que se supone acaecido, la observación de un contemporáneo de que Catalina se mostraba reconocida hacia su nuera porque esta había estrechado más las relaciones de su hijo con ella (7). A pesar de esto, no dejó de haber desavenencia en alguna ocasión entre madre e hijo; así en una carta a Grimm, la emperatriz dirigió ciertas censuras a la gran duquesa (8), y precisamente en la época del fallecimiento de esta, Catalina pensaba dar una segunda mujer a Pablo. La correspondencia que con este mantuvo, cuando el gran duque hizo el viaje a Berlín para conocer a la princesa de Wurtemberg que para segunda esposa se le destinaba, fué cariñosa y franca (9) y en ella se tocaron hasta cuestiones administrativas.

Resultado del viaje que a Berlín hizo el gran duque fué, entre otras cosas, cierta predilección hacia Prusia, lo cual hizo nacer entre él y la emperatriz una divergencia de opiniones, cuando la última se negó, poco después, a aliarse con los prusianos. Los contemporáneos sostienen que la emperatriz no trataba al gran duque con las consideraciones que la condición de este exigía, pues le tenía demasiado alejado de los negocios (10). Sin embargo, la opinión general

- (1) Kobeko, pág. 66.
- (2) Véase el gran número de cartas en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, por ejemplo, pág. 280-281.
- (3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 260, 266.
- (4) Kobeko, pág. 98.
- (5) Kobeko, pág. 99.
- (6) *Memorias de Wisin*, Leipzig 1859, pág. 50. Kobeko (pág. 100-101), se muestra incrédulo en este punto y hace bien. Bernhardt (II, 2, 271) también manifiesta sus dudas respecto de la verosimilitud de esa absurda historia.
- (7) Véase el despacho de Gunning, de 29 de abril de 1774 en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIX, 408.
- (8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 12.
- (9) *Ilustración de la Sociedad histórica*, 83, 87, 91, 97-99, 105.
- (10) Manifestaciones de Colizyn en el *Archivo ruso*, 1874, I, 1, 281. Harris, I, 228.

tenía formado mal concepto de las dotes de Pablo, y el antagonismo entre la emperatriz y la «jóven corte» había ido en aumento. Entre otras cosas, hemos visto ya que el príncipe heredero de Prusia durante su permanencia en San Petersburgo, estuvo en muy amistosas relaciones con el gran duque y con la esposa de este, al paso que se vio tratado con gran frialdad por la emperatriz.

El viaje que en 1781-1782 emprendieron a instancias de esta Pablo y María, fué motivo de una gran tirantez de relaciones: Catalina no quería permitir que los viajeros se detuviesen en Berlín, y esto produjo algunos altercados. No falta quien pretenda que Panin dijo antes del viaje que el gran duque no regresaría (11). En Viena, José habló a Pablo, que ninguna noticia tenía de ella, de la alianza que por aquel tiempo había firmado con Catalina (12): durante la permanencia de Pablo en la capital de Austria sucedió que debíendose representar la tragedia *Hamlet*, el actor encargado del papel de protagonista se negó a desempeñarlo, fundándose en que el gran duque era también un Hamlet (13). En la conversación que tuvo en Florencia con Leopoldo, expresase Pablo en términos muy duros acerca de los hombres que poseían la confianza de la emperatriz, diciendo que Potemkin, Besborodko, Bakunin, los Woronzoff, etc., estaban vendidos a la corte de Viena. «Yo los azotaré», dijo el gran duque en tono indignado. Se expresaba también muy duramente respecto de la política de su madre (14). José estaba convencido de que las relaciones entre Catalina y su hijo se agriarían todavía más (15). Las muchas cartas que Catalina escribió a Pablo y a su esposa, durante el viaje, ejercieron saludable influencia, pues si bien en ellas no se habla de política, el lenguaje que la emperatriz usaba era alegre, franco y cariñoso (16).

En 1780 ocurrieron algunas escenas que probaban las discordias de familia. Pablo y María estaban indignados porque la emperatriz se reservaba exclusivamente la educación de su nieto y solo dejaba a los padres el cuidado de las princesitas. Cuando el hermano de la gran duquesa cayó en desgracia de la emperatriz, ocurrieron lamentables discusiones (17). Cuando Catalina emprendió su viaje al Sur, Pablo y María tuvieron a última hora noticia del plan, y protestaron enérgicamente contra la idea de la emperatriz de llevarse a los príncipes Alejandro y Constantino dejándoles en casa a ellos que eran sus padres (18).

Pablo deseaba tomar parte personal en la guerra turca, y Catalina se negó por mucho tiempo a permitirselo (19). El

- (11) Algunos detalles curiosos, pero quizás poco conformes con la verdad, se encuentran en Harris, *Diaries*, pág. 432-469.
- (12) Arneht, *José y Catalina*, pág. 117.
- (13) José II, que lo supo, regaló al delicado actor 50 ducados. De las cartas de Mozart a su padre, en Otto Yahn, *Mozart*, III, 47.
- (14) Véase *José II y Leopoldo de Toscana*. Su correspondencia publicada por Arneht, I, 120. Además la justificación de Besborodko en la *Biografía* de este por Grigorowit. *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 83.
- (15) Véase Kobeko, pág. 232.
- (16) *Ilustración de la Sociedad histórica*, IX, 64.
- (17) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 27-36. Garnowsky en la *Russkaja Starina*, XV, 18. El príncipe de Wurtemberg maltrató a su esposa, la cual fué a ampararse de la emperatriz, que le hizo salir del territorio ruso. Acerca de la princesa, a quien se menciona, entre otras, en las cartas de Catalina a Grimm, circularon los más absurdos rumores: murió en Lohde, junto a Reval, sin que podamos dar crédito a la tradición de familia que habló de un crimen cometido en su persona y cuya iniciativa se atribuyó a la emperatriz.
- (18) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 37-40. *Russkaja Starina*, VIII, 606, 618.
- (19) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 466. Catalina escribió a Potemkin diciéndole que la presencia de Pablo en el ejército sería para él un nuevo «estorbo.»

viaje hubo de suspenderse por haber estallado entonces la guerra sueca (1). Cuando el gran duque fué a juntarse con el ejército de Finlandia para tomar parte en las operaciones militares que iban a dirigirse contra Gustavo III, Knorring, según se dice, recibió la orden de no comunicarle nunca los planes de las operaciones que realmente se proyectaran (2).

Desde 1789 a 1791, es decir, durante la época de la gran crisis que en política exterior atravesó la Rusia, cuando era de temer un ataque de Prusia, el gran duque se encontró en una situación análoga a la que en tiempo de la guerra de siete años debió de encontrarse el gran duque Pedro. Las simpatías que por Prusia sentía Pablo no eran ningún secreto, y de ellas hablaron hombres de Estado como Besborodko y Woronzoff: de aquí que le atormentase mucho la idea de que pudiese sobrevenir un rompimiento con Prusia (3). Ya anteriormente se había producido cierta disidencia en la esfera de la política exterior. Cuando Pablo se manifestó contrario al «proyecto griego» de la emperatriz, esta le echó en cara su incapacidad de concebir y comprender grandes cosas (4). Con frecuencia solía el gran duque expresarse duramente acerca de los hombres que ocupaban una elevada posición y que gozaban del aprecio de la emperatriz (5): ya decía de Potemkin que no le trataba con las consideraciones debidas, ya de Suboff que se permitía ofenderle (6). Raras eran las ocasiones en que Pablo podía hablar con la emperatriz de política (7), hasta el punto de que, según parece, en cierta ocasión consideró como una distinción que su madre le dispensara el favor de darle cuenta de haberse librado una batalla (8). Cuando Segur salió de Rusia y solicitó del gran duque, en Gatschina, una entrevista de despedida, Pablo se le lamentó con indignación de la triste situación en que se encontraba, y de los cuidados que le inspiraba el porvenir, quejándose además de que la emperatriz le temiera (9). Cuando en 1789 manifestó deseos de tomar parte en la guerra, Catalina no quiso darle su consentimiento para ello (10). Comparado con Potemkin, el sucesor al trono parecía pequeño, según observa un diplomático extranjero de aquella época (11). Mas adelante decía el mismo diplomático: «Los cómicos alemanes querían representar el *Hamlet*: en un principio, el director del espectáculo no opuso ninguna dificultad, pero en cuanto supo el argumento de la obra, prohibió su representación. El ignorante público alemán estaba ansioso de conocer la tragedia y daba dinero y más dinero para leerla, hasta que fácilmente comprendió la causa de la prohibición (12).»

- (1) *Memorias de Garnowsky en la Russkaja Starina*, XVI, 10, 12.
- (2) Bernhardt, *Miscelánea*, I, 119-131. En estas se encuentra también la sospecha de que la ópera «Gore-Bogatyr» fué escrita teniendo por objetivo a Pablo. Véase mi refutación de esta hipótesis en la *Revista rusa*, XII, 22-23.
- (3) Véase Garnowsky, *Russkaja Starina*, XVI, 438: el gran duque había enfermado de indignación al ver la tirantez de la situación. Véase la manifestación de Besborodko de que «la jóven corte estaba completamente en manos de Prusia.» *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 404. *Archivo del príncipe Woronzoff*, IX, 165.
- (4) «De no tener ideas elevadas» Zinkeisen. *Historia del Imperio otomano*, VI, 268, 311.
- (5) Véase, por ejemplo, lo que decía de Rumjanzoff en las *Memorias de Garnowsky, Russkaja Starina*, XVI, 7.
- (6) Referíase que en cierta ocasión en que Pablo, estando en la mesa, aprobó una observación de Suboff, este favorito dijo intencionadamente: «¿He dicho alguna tontería?» *Russkaja Starina*, XVII, 453.
- (7) Véanse las notas de Pablo en la *Russkaja Starina*, VIII, 652, 653.
- (8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 156.
- (9) Segur, *Memorias*, III, 532.
- (10) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 156.
- (11) Helbing, en el tomo suplementario de Herrmann, pág. 104.
- (12) Herrmann, tomo suplementario, pág. 105.

En aquellas tristes circunstancias, no faltaban mezquindades: así por ejemplo, una ley que sobre el lujo sancionó la emperatriz estaba dirigida contra la gran duquesa. Catalina se mostró descontenta cuando Mamonoff pareció mirar con cierta atención a la jóven corte; Potemkin censuró severamente a un dignatario por haber asistido a los bailes que organizaba la jóven pareja; y la Daschkaw evitaba ir a Gatschina, porque se consideraba demasiado digna para hacer el papel de espía. Cuando se trató del matrimonio de la hija de Pablo con el rey de Suecia, los padres de la novia desempeñaron un papel secundario en las fiestas de la corte, así como en las que se celebraron con motivo de las bodas de Alejandro y de Constantino. La jóven corte estaba tan falta de recursos que Pablo y María tuvieron que pedir dinero (13).

Alejandro

No puede ser una casualidad el hecho de que en las cartas de Catalina a Grimm nunca ó rara vez se haga mención de Pablo: respecto de éste, solo se hacen en ellas algunas observaciones referentes a exterioridades, pero no a la persona del sucesor al trono ni a las relaciones que entre él y Catalina existían. Muy distinta era la conducta de la emperatriz respecto del nieto Alejandro, pues en este punto se observa que Catalina sentía por él gran interés y que le amaba entrañablemente.

Al expresar Catalina, en diciembre de 1777, su alegría por el nacimiento de su nieto, hizo consideraciones acerca de lo que «llegaría a ser el niño» y se cuidó de la manera de educarle. Lamentábase de que no existieran ya hadas que regalasen dones a los niños en la cuna, en cuyo caso ella les hubiera pedido: «Señoras, natural, un tantico de natural (*un tantinet de naturel*) que la experiencia hará luego lo demás.» Mas adelante decía que quería educarle «mal y bien», robusteciendo su cuerpo, dándole, por medio de trajes a propósito, libertad de movimientos y procurando que no se hiciese de él «una muñeca de adorno (14).»

Escribió a Gustavo III diciéndole que se había encargado por completo de la educación de su nieto, y a la carta acompañaba una muñeca metida en un cestito para enseñarle cómo el niño se desarrollaba y dormía. La emperatriz describía minuciosamente los cuidados que con el niño se tomaban para airearle y tenerle a una temperatura fresca, para fortalecerle por medio de lociones de agua fría y para tenerle siempre en buena disposición (15).

Apenas contaba Alejandro año y medio, y ya su abuela hablaba con entusiasmo de sus felices disposiciones: dos horas al día pasaba el niño en el cuarto de la emperatriz, la cual jugaba con él y refería luego cómo la criatura hacia de cada juguete diez ó doce pedazos. Catalina sostenía que Alejandro a los veinte meses estaba más desarrollado que otros niños a los tres años. «La abuela hace de él lo que quiere», añadía luego en el colmo del contento. Describía también el amor que el niño la profesaba; decía que cesaba de llorar en cuanto la veía y que si estaba alegre su alegría se aumentaba al verla. Cuando no contaba todavía tres años, Catalina compuso para él un abecedario que se imprimió en 1781 en San Petersburgo: inventó para él abrigos que creía útiles para su salud y en una carta a Grimm envió a este el diseño de aquellos trajes. Con entusiasmo describía

- (13) Véanse una porción de rasgos anecdóticos en el libro de Kobeko. Algunas importantes observaciones se encuentran en Rostopchin, en el *Archivo de Rusky*, 1876, I, 106. Acerca de la falta de dinero, véase la *Russkaja Starina*, IX, 53.
- (14) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 72 83, 133.
- (15) Geijer, *Papeles dejados por Gustavo III*, edición alemana, II, 97.

los juegos del niño; recordaba las candidas preguntas que este le hacia, hablaba de su extraordinaria belleza, de su alegría y de su inocencia. No tenía Alejandro aun cuatro años y tomaba ya de su abuela las primeras nociones de aritmética. Catalina escribía libros para su nieto y procuraba que adquiriese aptitud para todo: cuando supo leer, regocijóse la emperatriz de la afición que el niño tenía á los libros; escribía pintando la atención con que Alejandro oía de sus labios las hazañas de su homónimo de Macedonia, y el sentimiento que le causaba que aquel héroe hubiese muerto, y encargó á Grimm que le enviara una pequeña imprenta con letras para el texto y clichés para los grabados. Catalina adoraba pues al niño y se ponía muy contenta cuando le decían que se le parecía mucho (1).



Medalla conmemorativa de las bodas de Alejandro I. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado, J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de Carlos Leonardo Becker.

Con igual cuidado seguía la emperatriz el desenvolvimiento de su segundo nieto, el gran duque Constantino. En 1784 escribió una detallada instrucción para el ayo y los profesores del niño, en la cual se contenían algunos preceptos higiénicos, y de la cual tenía siempre sobre su mesa algunos ejemplares que regalaba. Daba, en aquella instrucción, tanta importancia á la salud y al desarrollo corporal del niño como á la parte moral, consignando expresamente que en los juegos del gran duque se le dejara en completa libertad, con lo cual se podrían conocer sus verdaderas inclinaciones. La ociosidad le estaba en absoluto prohibida; las fútiles extravagancias eran censuradas: las indicaciones en la instrucción contenidas acerca del modo de despertar en el niño el amor al prójimo, la compasión, el respeto á las personas que le rodeaban, el valor, la paciencia y el dominio de sí mismo; el consejo de preservarle, por medio de un trato benévolo, del peligro de temer á los hombres; la disposición que prohibía los castigos ó reprensiones innecesarias, etc., demuestran los conocimientos psicológicos de la emperatriz. Por aquella instrucción se ve que hasta de la literatura pedagógica supo sacar partido Catalina. Respecto del método de enseñanza, era contraria á las lecciones demasiado largas, diciendo que debía evitarse la tensión extraordinaria, etc.

Alejandro tuvo una educación esmerada que le dieron excelentes profesores como Masson, profesor de matemáti-

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 143, 149, 153, 159, 160, 176, 184, 205, 214, 223, 231, 233, 252, 273, 274.

cas, Pallas, de ciencias naturales, y otros. Muchísimo debió también al noble Laharpe, del cual aprendió el amor á la humanidad y el respeto de los derechos del hombre. Que Laharpe se ocupó muy seriamente en educar intelectual y moralmente á su discípulo lo demuestran los opúsculos y diarios pedagógicos que se conservan en la Biblioteca imperial de San Petersburgo (2).

Durante el verano, procuraba la emperatriz que los niños trabajaran en el jardín, permitiéndoles que se distrajeran pescando y dando paseos en bote. Catalina se regocijaba al ver el desarrollo, la fuerza y la habilidad de sus nietos y especialmente el buen humor de que constantemente disfrutaban; veía con placer sus travesuras y contemplaba embobada cómo trepaban por las ventanas del palacio de Monplaisir en Peterhoff, etc. Alejandro se dedicaba á la carpintería; aprendió el inglés fácilmente; dibujaba; admiraba á cuantos le rodeaban por las dotes de actor que á los diez años dió á conocer, representando una escena de la comedia de Catalina «El embustero», y vistiéndose para ello del modo más extraño; aprendía á montar á caballo, y sentía especial afición á los grabados. La emperatriz no se cansaba de elogiar la belleza, el talento y demás dotes de su nieto mayor; también se complacía extraordinariamente en seguir los estudios de Constantino, cuyos adelantos en el griego admiraba y cuyo buen corazón y despejada inteligencia alababa (3).

Con amabilidad suma se asimilaba Catalina los intereses y las alegrías de sus nietos, bromeando con ellos y animando sus juegos. Las cartas que desde Finlandia (1783) y durante sus viajes á Wyschny-Wolotschok (1785) y al Sur (1787) les escribía, demuestran su cariño y su fuerza expansiva; estos documentos son inocentes conversaciones y bromas escritas en un lenguaje que produce dulce impresión en quien las lee (4).

De la misma manera que cuidó de la educación de sus nietos, cuidó también Catalina de sus matrimonios. Las bodas de ambos dieron margen á nuevas y dulces expresiones de afecto en sus cartas á Grimm. La belleza y amabilidad de la novia de Alejandro, la princesa Isabel, encantaban á la emperatriz, la cual se sintió aun más inclinada á ella cuando la vió esposa ya del gran duque; y al efectuarse el casamiento de Constantino, prodigó maternales cuidados á la joven pareja, instalándola en un palacio de mármol, y describiendo la ceremonia con toda clase de bromas (5).

Otros observadores no se mostraban tan entusiasmados como la emperatriz respecto de las cualidades y del temperamento de los grandes duques, siendo especialmente censuradas por algunos la irascibilidad y la rudeza de Constantino, de quien también tenía algunas quejas Laharpe (6). No faltó tampoco quien dijera que Alejandro y Constantino, comparados con el joven rey de Suecia, que en los últimos tiempos del reinado de Catalina fué á San Petersburgo, resultaban ineptos y poco instruidos. A menudo se habla de

(2) Véase mi discurso solemne con ocasión del centenario de Alejandro I. Dorpat, 1878, pág. 8-9.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 279, 282, 288-89, 298, 327, 337, 338. En cierta ocasión los dos grandes duques vistieron de princesas á dos perros y se presentaron á su abuela cantando un trozo de una ópera, pág. 377, 498.

(4) *Cartas y papeles de Catalina*, publicados por Bytschkoff. San Petersburgo, 1873, pág. 23, 28, 36, 44, 47.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 574, 645, 664, 678-79.

(6) Véanse las *Memorias secretas* de Masson, I, 124, 333. Relación de Volkersahm en Herrmann, tomo suplementario, pág. 530. Quejas de Laharpe en la *Russkaja Starina*, XIX, 235-239.

la vida desordenada del gran duque y de la pereza y falta de actividad de Alejandro, etc. (1).

Así las duras acusaciones de los contemporáneos, como las exageradas alabanzas de la emperatriz, solo deben tener para nosotros un valor condicional. Sin embargo es digna de notarse la diferencia que existía entre la conducta que observaba la emperatriz para con su nieto mayor y la tirantez que entre ella y su hijo existía; lo cual podía ser peli-

groso en el momento de resolverse la cuestión de la sucesión al trono.

Cuestión de la sucesión al trono

Aquel, de cuyos derechos de sucesión al trono se trataba á fines del reinado de Catalina, consintió en que se publicara una ley sobre este punto. No había prescripción alguna de derecho público que pudiese asegurar á Pablo un dere-



Son Altesse Imperiale
PAUL GRAND DUC PETROVITCH
de Russie. &c. &c. &c.
Dédié à Son Altesse Imperiale
MADAME LA GRANDE DUCHESSE,
Par Son tres humble et tres Obeissant Serviteur, Grah. Skorodumoff
Published as the Art directs 21st April 1781.

El gran príncipe Pablo. Reducción del grabado de Gabriel Skorodumoff que apareció en 1781

cho incondicional á la corona, de modo que la cuestión debía decidirla la voluntad de la emperatriz. Su propio advenimiento al trono había creado una situación de cosas, en la cual la duda acerca de los derechos de Pablo podría traer consigo algunas perturbaciones.

Sin embargo, durante todo el reinado de Catalina, Pablo fué considerado como el presunto sucesor de su madre. Entre los papeles autógrafos de la emperatriz se ha encon-

trado un borrador de una ley de sucesión al trono, en el cual se designaba expresamente como heredero á Pablo. La redacción de aquel borrador que no se publicó ni llegó á terminarse, puede fijarse en la época de las sesiones de la Asamblea legislativa (2).

La formación de las Memorias de Catalina, que tuvo efec-

(1) Masson, I, 16, 46. Las quejas de Laharpe sobre las malas cualidades y el poco talento de Alejandro en 1782, en la *Russkaja Starina*, I, 407. Algunos rasgos odiosos en el *Archivo del príncipe Woronzoff*, XV, 20, 27, 29, 56 y la *Russkaja Starina*, 1876, I, 118. Kobeko, página 338.

(2) Hilferding proporcionó este documento á la redacción de la *Russkaja Starina*, que lo publicó en su tomo XII, pág. 384-385. En él se menciona la «Instrucción» y la apertura de la gran «comisión ó asamblea.» Es de interés la indicación de que no habiendo el sucesor al trono cumplido en aquel momento 21 años, seguiría gobernando durante su vida la madre del mismo: esto corresponde á la propia situación de la emperatriz.